

"Nuevo Mundo"
Madrid, 7 marzo, 1924



["El cohete y la estrella"]

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo I

"La Nación" Nuevo Mundo, 7 Madrid Marzo 1924

COMENTARIO
de
Miguel de Unamuno

EN el libro *El Cohete y la Estrella*, de José Bergamín, hay entre otras germinativas afirmaciones aforísticas ésta: «Existir es pensar, y pensar es comprometerse.» ¿Sabe José Bergamín todo lo que ha dicho—lo que se ha dicho—al decir esto? Seguramente que no. Que no, porque no es el dicente el que sabe todo lo que dice. Son los otros los que mejor saben lo nuestro. Y nosotros lo de ellos. Como que hay que verse y conocerse en los demás. Y nadie es más de los demás que el que más parece ocuparse en sí mismo.

Y ahora... ¡el filólogo! ¿Qué le vamos á hacer! «Existir es pensar...» Pero existir—*ex-sistere*—es estar fuera de sí, es acaso ponerse fuera de sí. En griego el verbo que corresponde al *ex-sistere* latino, el *existanai*, significa á las veces estar loco. Tal en aquel pasaje del segundo Evangelio (Marcos, III, 21), en que dice que los de la familia de Jesús, sus hermanos y su madre, fueron á prenderle, diciendo que estaba fuera de sí—*hoti ex esté*—, que estaba loco. Y el *ecstasis* es un ataque de locura, de enajenación, de salirse de sí. Y es un acto de *ex-sistencia*. Y si, pues, existir es pensar y existir es estar loco, pensar es estar loco. En lo que no cabe duda.

Y luego, ¡claro!, pensar es comprometerse. Y con un compromiso de eternidad. ¡Sólo que... piensan tan pocos! Tan pocos como los que existen. Píndaro dejó dicho á los hombres: «¡Huideros! ¿Qué uno? ¿Qué no uno? ¡Sueño de una sombra el hombre!» Pero el sueño existe y piensa. Lo que no existe ni piensa es lo soñado, es la sombra. ¿De veras? ¿Y si dijésemos: «sombra de un sueño?...» Ni acaso es lo mismo existir y pensar... ¿Quién sabe! ¿Y quién no sabe!...

«Pensar es comprometerse...» Y, á las veces, caer bajo el Código. Porque el delito mayor del hombre es haber pensado.

Aquello de Descartes de *cogito, ergo sum*, lo tradujo él mismo: «Pienso, luego soy»; ¿pero *cogitare* es pensar? Otra vez la filología. Pensar es pesar, y viene de *pendere*, mientras que *cogitare* es á *cogere* lo que *agitare* á *agere*, y si *cogere* es *co-agere*, juntar, unir, *cogitare* es co-agitar, agitar juntamente. Muy otra cosa que pesar. Y esa co-agitación íntima del pensamiento sí que es cosa de sacarle á uno de sí, de volverle loco.

En ese mismo libro, *El Cohete y la Estrella*, nos dice José Bergamín otra cosa que no parece tener relación con esa del existir y el pesar, y que sin embargo... Dice así: «Tener sed y beber agua es la perfección de la sensualidad, rara vez conseguida. Unas veces se bebe agua, y otras veces se tiene sed.» Y otras se bebe uno su sed... ¡Majadero! (Este «majadero!» se dirige á uno á quien yo desde ahora le oigo susurrar, al leer esto de que uno se bebe su sed: «¡Paradoja tenemos!»)

¡Beberse la sed! Esto sí que es existir en el más hondo grado y pensar. Es la identificación del pensamiento y la existencia. Beberse la sed es existir no más que pensando.

Bueno; y esto otro: «¿Un escéptico verdadero no puede ser nunca un eclético ni un indiferente?» ¡Claro! Como que un escéptico es un apasionado del pensamiento, de la existencia, es uno que se bebe su sed porque duda de la realidad del agua, porque sabe que el agua del saber es como el agua salada de la mar, que da más sed cuanto más de ella se bebe, y que la otra, *ex* agua del regato de la sierra, el agua del manantial, no es todavía agua, no es entraña de agua, no es más que pellejo de agua. Agua entrañada, agua abismática, no es más que el agua de la mar—de la mar y no del mar—, el agua salada.

La *escepsis*, la facultad del escéptico—escepticismo es otra cosa, como criticismo no es crisis, ni dogmatismo es dogma—, la *escepsis* es la pasión del pensamiento, es la pasión—y la acción—de pensar, y nos da inteligencia. Por eso, poco después de aquel aforismo, pone José Bergamín este otro: «Por la pasión, la inteligencia. Pasión no quita conocimiento; al contrario, lo da.» ¡Pues claro, hombre, pues claro! ¡No faltaba más!... Sólo el apasionado conoce. Sobre todo el apasionado de conocer, el que tiene sed de sed, el que quisiera beberse toda el agua de la mar para ahogarse de sed en ella.

¡Beberse toda el agua de la mar! ¡Y toda su sal con ella! ¡Y embalsamar así el espíritu para la eternidad! Esto sólo saben sentirlo los que mueren momento á momento de pasión de conocer. Una pasión que es acción. Los que no pueden vivir si no se les deja gritar en cada momento su verdad y la verdad de aquel momento. La que les ahoga en existencia.

Pasión da conocimiento. ¡Vaya si lo da! Sólo el que siente apasionadamente el terror de la botatería conoce al botarate y sabe su terribilidad. Sólo el que abraza la pasión trágica de la *escepsis* conoce toda la perversión de los frívolos que pasan por escépticos, y sabe que frivolidad no es escepticismo. El frívolo dice: «¡Hay que esperar!» Y el escéptico, aunque desesperadamente, espera á la esperanza. Que hay una manera de esperar desesperadamente, como hay una manera de creer descreídamente. Que por algo el padre del hijo que tenía espíritu mudo le dijo á Jesús: «¡Cree; ayuda á mi descreimiento!» (Marcos, IX, 24).

Y todo esto es fruto de pasión y de la «más recóndita sinceridad». Como sabe José Bergamín y lo saben todos mis lectores que sean míos. Es decir, lectores de mí y no sólo de mis escritos.

MIGUEL DE UNAMUNO

